

»—Vamos a ver si se ha muerto el perro — dije a los soldados — o a que ustedes lo vean: yo no me figuro que veré nada.

»Pero no fué así: al llegar cerca del pino, me esperaba la más rara de las sorpresas. Ví claramente a un perro tendido al pie del árbol, un perro vulgar, mediano, ni grande ni pequeño, como los que abundan en nuestros campos y aldeas. Me acerqué: tenía una herida, que le sangraba, detrás de la oreja izquierda...

»Me fuí a acostar.

»Al amanecer, la mujer que me preparaba la comida, acudió a despertarme, alarmada.

»—¡Señor! ¡Señor! Que mataron al nahual...

»—¿A Catarino?

»—Sí, señor... Y dicen que usted lo mató.

»—¿Yo? Yo sólo he matado un perro.

»—Pero ya sabe... Anoche, después que usted le tiró desde el cuartel, llegó herido a su casa, y a poco murió.

»—¡Vaya! ¡Qué ocurrencia! Voy a ver qué es eso.

»—¡Ay, no! No vaya, señor, porque la mujer del nahual dice que ha de vengarse, y que ha de hacer que a usted lo maten, y que...

»Apresurado me vestí y llegué hasta la casa del brujo. La mujer, rodeada

de otras que plañan con ella, al verme se desató en gritos y amenazas. Sus palabras me convencieron de que me echaban encima aquella muerte y no me la perdonarían, sino me harían víctima de una venganza misteriosa. Decidí alejarme de aquel pueblo sin tardanza. Pero antes, entre la gritería de las mujeres, penetré violentamente hasta la humilde cámara mortuoria: Catarino estaba tendido, y en la cabeza tenía una herida, detrás de la oreja izquierda...

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

1925.

(El Figaro, Habana).

Dramatis Personae:

EL VISITANTE, un Mister Norteamericano.
EL REVOLUCIONARIO, un profesor de Historia, Centroamericano.
EL REACCIONARIO, un Dueño de Tierras, Mexicano.

EL VISITANTE: No lo quiero decir para ofenderle, pero veo en el gobierno de ustedes más bien que falta de buena fe, impericia. La política no es aquí una carrera en toda forma, cosa que requiere preparación, sino ambición que se apoya en la oportunidad.

El Hombre honrado, entre ustedes, se esfuerza, una vez en el poder, por crear un pequeño programa, por comprender y resolver las necesidades del momento, pero no las ha estudiado antes: frecuentemente, ni siquiera se ha dado cuenta de su existencia; por manera, que a pesar de su honradez, por impericia, las más de las veces va al fracaso.

EL REVOLUCIONARIO: En parte tiene usted razón. En naciones ya formadas, como los Estados Unidos, la política es una profesión como la del abogado. La forma de gobierno es estable, y su funcionamiento regular. La labor del político es fácil, por lo tanto. Su actuación, en el mando, está ya trazada de antemano. Su obra no es creadora, sino rutinaria. Y cuando uno de los políticos de ustedes intenta romper la rutina, quebrar el molde, ustedes se vengan haciéndole trizas el corazón, como han hecho con Woodrow Wilson; o si una mayoría lo apoya, como la que apoyaba a Lincoln, el resultado es una guerra civil. En México, al fin y al cabo, con toda la impericia que se atribuye a sus políticos hay ciertos fines fijos, ciertos ideales, que sirven de guía, y por conseguirlos fielmente se prefiere abrir caminos en lo áspero, tropezando mucho, y no, por ir en trillado y sobre seguro, abandonarlos.

EL REACCIONARIO (Al Visitante): Ya ve usted, esto es lo que está echando al traste a México. Gente que se con-

Conversaciones verídicas

fiesa inexperta, pero que se empeña en imponer principios nuevos. Si no fuera trágica nuestra situación, resultaría ridícula. Imagínese que se les ha ocurrido a estos hombres de estado improvisados, distribuir la tierra, que todos tengan su parcela, como si eso fuera posible.

EL REVOLUCIONARIO (Al Reaccionario): ¿Y eso le parece a usted cosa nueva?

EL REACCIONARIO: ¡Y cómo no! Cuando el mundo era cuerdo sólo a los locos se le ocurría.

EL REVOLUCIONARIO: Los griegos del siglo siete antes de nuestra era elevaron a ideal esa idea...

EL VISITANTE: ¡Oh, yo no creo que esos griegos se preocuparan de estas cosas! Las inventó Karl Marx.

EL REVOLUCIONARIO: Karl Marx no compuso la Odisea.

EL VISITANTE: La Odisea es un poema; no tiene nada que ver.

EL REVOLUCIONARIO: La Odisea es un poema, pero no como usted se lo figura. El discurso de Edmundo Burke sobre la Conciliación con las Colonias que usted conoce, porque se estudia en sus escuelas, es una brillante pieza retórica, pero no sólo eso. Y así la Odisea es también más que una poesía vasta. La Odisea con la Iliada era la suma expresión en palabras de los ideales prácticos de los griegos.

EL VISITANTE: Pero no tiene que ver con la distribución de tierras.

EL REVOLUCIONARIO: Con eso y con algo más.

EL VISITANTE: Usted es poeta. Aquí en México hay muchos poetas. La poesía, mi querido amigo, está muy bien, muy bien, pero no es práctica.

EL REVOLUCIONARIO: Lo que usted entiende por poesía. Pero déjeme

leerle un pequeño trozo de la Odisea.

EL VISITANTE: Nos apartamos por completo del asunto, pero lea usted, yo le escucho, lea usted.

EL REACCIONARIO al ver que EL REVOLUCIONARIO saca un tomo verde con el escudo de la Universidad Nacional, se santigua y se va.

EL REVOLUCIONARIO: (Leyendo) «Rapsodia Sexta. Mientras así dormía el paciente y divino Odiseo, rendido del sueño y del cansancio, Atenea se encaminó al pueblo y a la ciudad de los feacios, los cuales habitaron antiguamente en la espaciosa Hiperea, frontera a los soberbios Cíclopes, varones altivos, que les causaban daño, porque eran más fuertes y robustos. De allí los sacó Nausítoos, semejante a un Dios: conduciéndolos a la isla Esqueria, lejos de los hombres industrioses, donde se establecieron; construyó un muro alrededor de la ciudad, edificó casas, erigió templos a los dioses, y repartió las tierras». ¿Verdad que parece que habla de México?

EL VISITANTE: ¿Cómo?

EL REVOLUCIONARIO: No se ofenda usted. Para los griegos tener una amplia visión era la mayor virtud; lo contrario era tener una visión estrecha. A los pueblos de estrecha visión dieron el nombre de Cíclopes. No era un insulto sino un calificativo muy propio. Hombres industrioses, pero de una visión tan estrecha que parecían tener un solo ojo. Este es el juicio de Homero sobre los que hacían el papel de norteamericanos en aquellos lejanos tiempos. ¡Qué cabal con el juicio sobre ustedes que emitió Rodó, el hombre moderno en quien encarnó la virtud griega de una visión más amplia!

EL VISITANTE: ¡Nosotros no tenemos visión estrecha!

EL REVOLUCIONARIO: ¿No? Su juicio sobre la poesía lo prueba, y toda la política internacional de su país. Ustedes son hombres industrioses, pero de visión estrecha, soberbios, altivos,